

para dar con la verdadera acepción de cada palabra. Un buen trabajo de colaboración que han realizado con gran alegría.

...Hemos hallado magnífica ocasión para dar un buen repaso a la geografía física, precisando de tal manera que encontraban el término justo para cada pequeño accidente geográfico, y esto en las dos lenguas.

La causalidad nos ha deparado un trabajo tan interesante como nunca lo hubiera sospechado.

X.—FIESTA DE INVIERNO

Últimos de octubre del 31. A mediados del anterior mayo se había inaugurado nuestro Grupo escolar, que está enclavado en un barrio de la ciudad, ahora muy populoso porque en poquísimos años ha visto quintuplicar su censo de población. Por esta causa en aquel entonces nuestro barrio carecía de escuelas, excepto una nacional unitaria para cada sexo.

Para nosotros los primeros meses fueron duros y la clasificación algo muy difícil. Ignorábamos todo detalle de las familias, pues las hojas de matrícula que se nos transmiten desde las oficinas son poco explícitas y nos había sido imposible después de la recepción en masa de todos los alumnos volver a recibir a cada uno de los padres para conocerles. ¡Con lo que nos costaba conocer a los hijos!...

El público, pues, sentía hambre de escuela;

siendo ésta nueva y bella y con tanto maestro, sería muy buena y poseída de una especie de poder mágico; seguramente en un santiamén los nuevos alumnos sabrían mucho, mucho... Pero los papás tenían concebida una escuela a su medida y como para valorarla rápidamente no tenían otro control que el recuerdo de la que ellos habían vivido en sus mocedades (los que habían vivido alguna) y los partes diarios de sus hijos, estaban completamente desorientados, descontentos y con un afán desmesurado de intervenir en todo momento.

Y recibíamos continuas quejas, en general todas del calibre de las que vamos a enumerar:

Por qué a su hija que sabía mucho más que la fulanita la habían puesto en una clase más atrasada; que cómo podían aprender las niñas si ningún día les dábamos lección para estudiar en casa; que si casi nunca las hacíamos leer; que si con tres meses los pequeños no conocían el abecedario; que por qué no les dábamos cartapacio; que si su niña al ingresar ya leía manuscrito y ahora sin él se atrasaría; que si la maestra en vez de enseñarles se pasaba mucho rato hablando con los niños o mirando un caracol o desmenuzando una flor; que si en vez de darles a leer tantos cuentos no valdría más que les enseñaran gramática; que si en vez de dedicarles a medir la clase y el dormitorio suyo no sería de más utilidad que hicieran problemas de verdad...

Los agravios (más maternas que paternas)

les) eran debidos también a que a su hija no se le permitía hacer un tapetito para el santo de la abuela, a que cada día se les pedía una cosa nueva: hoy eran castañas, mañana judías, ayer una ollita para que la niña la tuviera en su mesa con unas modestas hierbas cuando no llegaban flores; que otro día pretendía llevarse de casa una revista, unos cartones o unos alambres; que la petición de colores y pinceles era continua. ¿Para qué tanto dibujar?—preguntaban—; ellos eran obreros y lo que necesitaban era saber escribir una carta y muchas cuentas. ¿Para qué trabajar el barro, construir objetos de alambre, aserrar madera, hacer montañas de arena en el jardín o mirar el cielo cada noche y cada mañana? Ellas cuando mayores tendrían que ganarse la vida y todo esto no les iba a servir para nada llegado el momento de colocarse.

Pasaré en silencio el capítulo de protestas contra las duchas porque llenaría un libro.

A pesar de todo esto no concebían cómo sus hijos estaban tan a gusto en la escuela ni por qué tomaban una rabieta el día que por cualquier cosa la madre quería retenerles en casa, o cuando se negaba a darles lo que la señorita les había pedido; seguramente esto ocurría porque no les castigaban, porque ellos hacían lo que querían (daban por supuesto) o porque estaban demasiado rato jugando en el jardín.

Como se ve, la lista de quejas era extensa, pero nosotros seguíamos impertérritos y con-

tentos de nuestra labor; nos consolaba el recuerdo de la consabida fábula «si aplaude el necio, peor».

Pero los padres llevaban en favor suyo algo de razón: no conocían la escuela, no habían visto la parte donde sus hijos pasaban el día, no sabían cómo eran los muebles de las clases ni la disposición de éstas, ni cómo estaban adornadas. Sus niños se hacían lenguas de que eran muy bonitas, mucha luz, muchas flores y muchas plantas, que ellos habían pintado bellos frisos para las paredes... Tampoco conocían a las maestras para poderles contar que su hijita era muy lista y graciosa...

Siempre se aprende oyendo al pueblo; éste siente de un modo vago e impreciso que la escuela ha de preparar para la vida; para el trabajo—dice él—, para ganar dinero, objetivo de su preocupación máxima. Ha de preparar para la vida—repite el maestro—, para una vida amplia, intensa, superior y humana: he ahí todo un programa de formación general y por tanto de educación.

El pueblo en su sentido práctico, en su rudeza, quiere intervenir en la escuela... y hace falta que intervenga colaborando, ayudando a la escuela cuando ésta solicite su concurso y la escuela ha de procurar que la familia se compenetre con su obra y que sirviendo los alumnos como de vehículo, la escuela se derrame fuera y llegue al pueblo para mejorarle, para hacer su cultura, para hacerle bueno.

El relato de lo que antecede pecaría de pueril y de falta de interés si no nos dijera que en el campo, en la ciudad chica y en la gran ciudad, siempre, siempre, se entabla la lucha entre la escuela tradicional, reflejada en el catálogo de agravios y que todo el público lleva dentro, y la escuela nueva que es la que viven nuestros niños, la que sentimos los maestros y la que queremos implantar.

Algo de lo antedicho ocurre a los maestros novatos al posesionarse de su primera escuela. Desde la Normal han visto alguna, que no han vivido, y por esta causa no han estado en contacto con la realidad. Llevan, sí, bellos ideales, sanas intenciones y un vivo deseo de acertar y con él el de redimir la escuela y el pueblo donde ejercerán, pero no suelen contar con el choque de su actuación, con la rutina, al querer romper los viejos moldes y otros tantos prejuicios.

Si el maestro es valiente y sabe luchar triunfa pronto, su criterio se impone; pero si capitula, si es vencido por el ambiente de fuera (que es la posición más cómoda), la obra que él realice durante toda su vida será menguada y de muy poca eficacia.

Así el maestro novel que siente la escuela activa, la escuela nueva, ha de tener como preocupación capital la conquista del público, la cual se realizará a través de los alumnos. Todo esto requiere generosidad, amor y entusiasmo. Si el maestro no se entrega a su obra no es

posible pensar en escuela activa. Esto como principio, luego viene en seguida la parte práctica.

En cuanto este segundo aspecto, nos permitiríamos aconsejar a los maestros noveles que una vez pasados los primeros momentos dedicados a la organización general, una vez tuvieran la escuela limpia, cambiaran el aspecto de la misma (claro, dentro de sus posibilidades) que se pudiera decir «a maestro nuevo, escuela nueva», que la decoraran, pero procurando llevar al ánimo de los alumnos la necesidad y un ansia de renovación. Luego para demostrar rápidamente sus resultados, creo que no hay como acogerse al método de proyectos, mejor aún, a la realización de un proyecto, que a poco que se busque se halla muy pronto una ocasión favorable.

La realización de un proyecto es algo de resultados a corto plazo que hace vibrar la escuela y forzosamente establece corriente de simpatía y de convivencia entre la escuela y la familia. Así, muy pronto aquélla puede abrir a ésta sus puertas y mostrar clara y rápidamente las ventajas de la escuela actual, al tiempo que se condenan cosas de la vieja escuela.

Cada familia se siente maravillada al ver lo que es capaz de hacer para su hijo y termina por admirar la competencia del maestro; luego se entera de que si todo ha cambiado, la escuela no quedó rezagada, y que el leer, es-

cribir y contar, que la gente cree que son únicos fines de la escuela, se cumplen mucho mejor con los nuevos métodos que con los antiguos.

La fiesta.—Pero volvamos al asunto nuestro, al que ha motivado el presente capítulo. Cuando teníamos el grupo bastante organizado, con mi compañero de dirección Sr. Doreste, decidimos buscar una ocasión favorable para llamar a los padres de nuestros alumnos; así podrían visitar el Grupo, enterarse del funcionamiento del mismo y ver cómo se educaban sus hijos. La ocasión se nos brindaría en las no lejanas Navidades; para entonces los niños dedicarían a sus familiares una solemne fiesta. La planeamos y fué acogida con entusiasmo por los escolares, dispuestos todos a trabajar para darle mayor brillantez.

El espectáculo consistiría en canciones de Navidad y de Reyes, en danzas y cantos populares alrededor de un árbol de Navidad y en la representación del «Cántico de Navidad», de Dickens, cuya obra habíamos resumido y adaptado a la escena con el compañero Sr. Taberna.

Se da por supuesto el trabajo de ensayos, de indumentaria, de decoración del teatro, de invitaciones, de programas, etc., etc.

Los carteles anunciadores, de gran tamaño, muy bellos y ejecutados con gran arte, habían corrido exclusivamente a cargo de la sección masculina del Grupo. Los carteles se colocaron con mucha anticipación en los lugares más vi-

sibles de la escuela para que se fueran enterando cuantos entraban en ella.

Realización de un proyecto.—La sección femenina sumó la fiesta a la realización de un proyecto; mejor dicho, el proyecto encerraba la fiesta y todas las niñas debían consagrar sus actividades a la doble finalidad.

La segunda parte del proyecto, simultánea a la espectacular ya descrita, se ejecutaría según un programa que a su vez comprendía dos partes: una general para todas las alumnas y una particular para las clases más adelantadas.

He ahí el programa común que cada maestra trataría teniendo en cuenta la capacidad y edad de las niñas.

Cuestionario general.—Idea general sobre el invierno y carácter distintivo de la estación. ¿Cuándo comienza y cuándo termina?

Temperaturas propias del invierno. Temperaturas máxima y mínima dentro y fuera de la clase. Gráfica de temperatura.

Meteoros propios del invierno: niebla, lluvia, nieve. Las heladas. Cómo actúan las heladas sobre las rocas.

Aspecto de las plantas en invierno. Plantas de hojas caducas y de hojas perennes. Cómo actúan las heladas sobre las plantas.

Cómo los animales se defienden del frío. Animales que emigran. Los que invernán.

El programa parcial constaba de los apartados siguientes:

a) El invierno desde el punto de vista as-

trónomico y los climas. Países donde el invierno es la estación dominante.

b) Fiestas propias del invierno, en especial tradiciones barcelonesas.

c) Trabajos propios de invierno: en la agricultura, en la industria, en el comercio.

d) Deportes de invierno. Países donde aquéllos se practican. Los deportes en España. Los deportes de invierno que gustan más a los barceloneses.

e) El pino abeto.

f) La casa en invierno.

g) El vestido en invierno.

Como trabajo previo cada clase redactó y dibujó su cartel-programa, que fijó en la puerta del aula. En él se detallaban los estudios que tenían encomendados. Así cada grupo de niñas estaba en relación con las demás, y muy a menudo se consultaban acerca de la marcha que llevaban en su labor. Esto despertó entre las niñas ideas de solidaridad, y de que una graduada, aunque tenga muchas secciones, es una sola escuela.

Siendo distintos los asuntos encargados a cada clase, también iba a haber gran variedad de trabajos, especialmente de realizaciones, y en la ejecución de las mismas quedó demostrado que con buena voluntad y esfuerzo se vencen grandes dificultades. Las señoras maestras, por su parte, trabajaron todas con fe, entusiasmo y pericia admirables. Muchas de ellas se asombraban de las producciones de sus alum-

nas, que con muy poca preparación la mayoría daban tanto rendimiento y ejecutaban la labor con tanta gracia. Además esto ocurre siempre que dejamos hacer a las niñas, y es entonces que descubrimos de cuánto son capaces.

Los equipos.—El tiempo urgía y la premura nos dió pretexto para que cada clase se dividiera en diversos equipos, cada uno de los cuales se hacía responsable de una realización. Seguramente no hubiera sido tan fácil y espontánea la formación de ellos en condiciones normales. El trabajo por equipos tiene capital importancia: el trabajo no es de una persona sola, pertenece a la colectividad, así como el éxito que pueda alcanzarse por el mismo y las dificultades vencidas en común, las dudas resueltas con el consejo y esfuerzo de todos, tienen un valor social de gran alcance.

La visión de la clase, convertida a ratos en verdadero taller, donde además de la jornada escolar se tomaban horas extras, era altamente simpática y decía cómo las alumnas eran ya muy nuestras.

Las realizaciones.—En la clase Montseny (el grado de mayores) se formaron tres equipos para estudiar «Países donde el invierno es la estación dominante». El equipo A, que se dedicó a Suecia y Noruega, tomó como orientación abundantes y bellos grabados del Museo de Nordick, de Oslo. El B y el C, estudiaron la tundra y el polo, respectivamente; se inspiraron en la obra de Julio Verne *César Cascabel* y en

el viaje de Byrd al Polo Sur (Tercer libro de lectura, ediciones Seix y Barral). Presentaron cuatro dioramas (dámos en llamarles así) a cual más lindo: casa noruega de troncos de árbol en un paisaje de abetos y luego un interior también noruego con todos los muebles tal como mostraban las láminas del citado museo, ello animado por la figura humana ataviada con trajes típicos del país. ¡Lo que aserraron, pintaron y recortaron las autoras del trabajo! Tuvimos luego campamentos nevados a los que daban vida figuras femeninas y el carro la «Bella Rulota».

Para el viaje al Polo, su aeroplano y... ¡una de focas y pingüinos! Un derroche de objetos en marquetería. Total: un trabajo vivo e interesante, donde todas pusieron el alma.

En la clase Blanquerna, para documentarse no tuvieron que recurrir a lecturas ni a museos; su asunto era bien popular y conocido «fiestas y tradiciones de invierno». Presentaron tres trabajos terminados y otros que completaron después, y todos tenían un sello de ingenuidad y de infantilismo: un pueblo donde llegaba papá Noel y repartía juguetes; un árbol de Navidad muy adornado e iluminado eléctricamente y un nacimiento. En la clase que nos ocupa, además de trabajos de cartón y madera, dominaban los de barro; ¡nada, que las niñas se nos revelaron escultores!, pero escultores ingenuos como los santeros de los primeros tiempos del cristianismo. Lo más admirable de la clase ci-

tada fué tal vez el amor que pusieron en su labor.

La clase Montjuich estuvo demasiada recargada de trabajo por la complejidad del tema, y lo grave era que nadie sospechaba cómo iba a cristalizar el trabajo manual referido a los puntos que abarcaba aquel programa. Se dió el caso paradójico de que la Srta. Simón andaba algo preocupada y confesaba que los trabajos manuales no le habían interesado nunca. Después de éstas y otras humildes afirmaciones nos sorprendió, nos admiró con una serie de realizaciones que sintetizaban el pequeño comercio durante las fiestas de Navidad. Una feria: la Rambla de Cataluña, donde se instala el mercado de pollos y turrónes. Allí no faltaba detalle; las casas, los árboles, los faroles, los transeúntes que dificultaban la circulación (como en la realidad); se veían grupos de payeses sentados rodeados de sus pollos y capones. Luego puestos de turrónes con los clásicos turróneros. Es decir, una verdadera maravilla. Material empleado: de toda clase (corchos, alambre, barro, paño, cartón, etc., etc.).

La sección de deportes en clase Maragall estaba muy bien: otro gran diorama nevado, donde se patinaba y esquiaba de lo lindo. Aparte muñecos vestidos con trajes de «sport», luego «skis» y trineos en madera, además de una colección de bellos grabados alusivos al asunto, recogidos en aquellos días.

El cuento de Andersen es tan bello, que ins-

piró unos sencillos estudios a propósito de los bosques en los países muy fríos y dió luego materia para que las niñas de la clase Cervantes, dirigidas por su maestra la Sra. Castellanos, que era entonces compañera nuestra, reprodujeran escenas del cuento relacionadas con Navidad, muy acertadas todas.

Por no pecar de extensa, paso en silencio las actividades de las otras clases y de otros órdenes que se suman a las realizaciones, todas las cuales se completaron mutua y recíprocamente.

Se puede afirmar, sí, que cada asunto quedó bien estudiado.

En conjunto, pues, quedó bien, y el trabajo que nos brindó fué realizado «como en la vida y en su ambiente natural», según se preceptúa en el *Método de proyectos*.

Como colofón diremos que los padres quedaron encantados de su visita y convencidos de que la educación de sus hijos estaba en buenas manos, y nos otorgaron (implícitamente por supuesto) amplio voto de confianza que puso punto final a la lista de quejas a que aludí al principio.

XI.—RAMÓN LLULL

Abril, 1933. Estamos dentro del año del centenario de Ramón Llull, patrón de nuestra escuela. En este momento todo el mundo erudito festeja tal acontecimiento y dedica sesiones y

comentarios a sus numerosas obras. La Universidad de Barcelona ha organizado asimismo un ciclo de conferencias a las que da extraordinaria solemnidad. Creemos que dentro de nuestra modesta esfera no podemos quedar al margen de esta actividad luliana.

No era tarea fácil llevar a cabo dicho homenaje; en primer lugar porque los maestros solemos conocer muy superficialmente la obra luliana y luego porque el espíritu del ferviente místico está un tanto divorciado del laicismo de la escuela actual. Fué, pues, preciso documentarse bien.

Se adquirieron la mayoría de las obras del filósofo, voluminosas todas, difíciles las más, sobre todo por estar escritas en un catalán de siete siglos atrás. Fuimos oyentes de las conferencias que se dieron en la Universidad.

Tuvimos la suerte de que Mossen Galmés, benemérito sacerdote mallorquín, que ha consagrado su vida a los estudios lulianos y que está en relación con todos los eruditos del mundo de idénticas aficiones, acudiera a auxiliarnos. De la Universidad vino a nosotros, ¡sólo por el nombre que llevaba la escuela! Nos reunimos maestras y maestros y mientras él afirmaba humildemente que no sabía qué decirnos, que no comprendía por qué le habíamos llamado, que la obra luliana era compleja y vastísima, y que era muy difícil, por no decir imposible, hacerla llegar hasta el niño; nosotros que le escuchábamos encantados, íbamos